

Segundas oportunidades

Antón Costas



En un mundo donde el individualismo se extiende como un gas que ocupa todos los espacios de nuestra vida social, de pronto descubres iniciativas que te reconcilian con la humanidad. Que permiten hacer un acto de fe en que los problemas sociales más agudos pueden tener soluciones.

Viene esto a propósito de la celebración este jueves pasado en l'Hospitalet de Llobregat, en un formato semipresencial y telemático para toda España, del V congreso nacional de escuelas de segunda oportunidad (E2O). Es un movimiento maravilloso de educadores y profesionales dedicados a ofrecer segundas oportunidades a jóvenes que han abandonado la escolaridad por razones familiares o porque simplemente han sido expulsados del sistema educativo formal. Jóvenes que se arriesgan a quedar al margen, en las cunetas de la sociedad, con trayectorias vitales truncadas.

Tuve conocimiento de esta iniciativa hace unos años con ocasión del premio Ensenyament de la Fundació Cercle d'Economia a la innovación escolar. En aquella ocasión el jurado otorgó el primer premio a El Llindar, una

escuela de segunda oportunidad (E2O) en Cornellà de Llobregat. O "escuela de nueva oportunidad", como le gusta decir a su fundadora Begonya Gasch.

La red de E2O cuenta con 43 escuelas acreditadas en nueve comunidades autónomas, en las que unos 740 profesionales acompañan a más de 8.000 jóvenes sin empleo ni titulación, a los que aportan soluciones concretas y eficaces. Han desarrollado un modelo nacional innovador y legitimado de E2O, vinculado estrechamente con el sector empresarial, y también reconocido y apoyado por las instituciones públicas. Como tuve la ocasión de participar en el congreso, permítanme que traiga aquí

Una mayor justicia social hace que la economía sea más productiva y sostenible

tres ideas que expuse en mi intervención.

Como saben, España es el país de la UE con mayor tasa de abandono escolar, más de un 17% de los jóvenes de entre 18 y 24 años dejan prematuramente los estudios. Es tentador pensar que se debe únicamente a que falla el sistema educativo oficial. Pienso que hay que relacionarlo también con nuestro mayor nivel de pobreza y desigualdad. Por eso, para eliminar el fracaso escolar, además de reformar el sistema educativo, necesitamos ante todo una

fuerte dieta de equidad que saque de la pobreza a los hogares en los que viven esos jóvenes.

La segunda idea es que el mayor gasto en familias no es un gasto social improductivo, sino una inversión de futuro para ellas y para el país. En la facultad me enseñaron, y yo enseñé a mis alumnos, que existe un dilema entre una mayor justicia social y una mayor eficiencia de la economía. Lo que me enseñaron y yo enseñé no es cierto. Hoy tenemos una nueva epifanía económica: una mayor justicia social hace que la economía sea más productiva y sostenible. Es epifanía que no viene del Vaticano, sino del Fondo Monetario Internacional. El gran plan de inversión en familias de Joe Biden se apoya en esta epifanía.

La tercera idea es que las E2O tienen la virtud de combinar formación con trabajo. Escuela y taller es a mi juicio la mejor fórmula para todas las etapas del ciclo educativo. El trabajo aporta aquellas virtudes de la cultura clásica que la escuela no suele incorporar: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. El sistema educativo debe ser como una vía de ferrocarril con varias paradas a lo largo de su recorrido. Paradas que permitan bajarse y subirse de nuevo en función de las necesidades y ambiciones de cada uno. Hoy no es así. Nuestro sistema educativo es concebido como una vía de acceso a la universidad que expulsa y estigmatiza a todo aquel que no lo logre.

Por lo tanto, si queremos tener una economía dinámica, ser un país rico y convertirnos en una sociedad decente, invirtamos en las familias. Apoyemos e invirtamos en escuelas de segunda oportunidad.●

Vacunarse de la idiotez

Isabel Gómez Melenchón



La ciencia ha conseguido el hito de inventar una, varias, vacuna contra la covid en menos de un año. Un hito además de una bendición. Otras vacunas se están resistiendo más, como la del sida, o la malaria, o incluso para algunos tipos de cáncer.

Pero hay una vacuna en la que nunca tendrán éxito los científicos: la vacuna contra la estupidez.

Todo empezó en TikTok. En realidad todo empezó con la condición humana, pero no vamos a remontarnos tan lejos.

Todo empezó también con un cierto descalabro de la política de comunicación, la única rama de las ciencias de la información con un futuro asegurado. Se empezó a hablar más de los casos por millón de trombos que de las muertes por ciento que se evitaban. Que viene Astra, qué miedo.

Mientras, en el otro extremo del mundo, es decir, aquí mismo, alguien dijo en TikTok, la red de los pasteles y los espaguetis para todos los públicos, que "Only hot people get the Pfizer", es decir, solo los guays tienen derecho no a la vacuna, sino a esa vacuna en concreto. A partir de ahí empezó una batalla

La nueva 'guerra cultural' es entre vacunas 'de élite' y las demás

para ver quién es más guay y la consigue. La vacuna convertida en símbolo también sexy. En fin. Aquí estamos a salvo de esa chorrada (no de otras, hoy mismamente hay elecciones), pero también se habla de la "vacuna buena" y la "vacuna mala", entendiéndose por Pfizer la primera y por AstraZeneca la segunda; de Moderna nos olvidamos, pero en Estados Unidos, de donde viene esta ¿tendencia?, la guerra cultural es entre estas dos. ¿Por qué Pfizer se ha convertido en sinónimo de élite, hablando claro y dejando atrás adjetivos como *gente atractiva* y tal? Esto es tan así que un joven usuario de TikTok explicaba que a su primo le habían inyectado Moderna, y que está bien, "porque siempre ha de existir clase media".

Internet ha decidido que existe un rango de vacunas que se corresponde con el nivel de vida, u ostentación, y que el vacunado de Pfizer es el usuario de iPhone y el de Moderna, el de un simple androide. Los Astra debemos de ir todavía con el tamtam. Qué fatiga de mundo. Del mundo de los ricos.●

GARABATOS-KAP



El libro de familia, eliminado

Núria Eскур



Puede que usted no recuerde dónde tiene el último recibo de la luz o el ticket maldito que un día van a reclamarle, pero seguro que sabe dónde tiene su libro de familia. En el cajón, junto a los pasaportes (por si hay que correr) o debajo de calcetines, bragas y calzoncillos. Así lo indicaba un es-

tudio hace años, aunque no tantos como los que este objeto está entre nosotros: nació en 1915 y contiene los datos de nuestra vida civil.

Pues bien, se acabó. A partir de esta semana dejan de emitirse. No va a formalizarse ni un solo libro de familia más en toda España, al menos en el formato habitual. Adiós a ese papel de mala calidad y tapas azul cobalto con letras doradas, adiós al sello en seco del Ministerio de Justicia. Lo sustituirá un registro electrónico individual donde consultar datos.

Presente en todas las casas españolas, no sé si su homólogo digital será capaz de acoger tanto sentimiento. Sin esa caligrafía antigua, las faltas de ortografía del funcionario de turno, sin los rebordes gastados y el anexo mal grapado, me temo que no va a tener alma. Porque ahí dentro

iban, desde hace tanto, nuestras huellas más íntimas. Pasabas páginas y te topabas con las evidencias de nuestros éxitos o fracasos matrimoniales, los datos de tus padres, las defunciones, el nacimientos de tus hijos...

Y así es como se van cargando el artesanado de la identidad. Que sí, que sí, que va a ser mucho más cómodo, que en caso de separación nadie podrá secuestrar el librito (por ahí iban muchas de las quejas) y en caso de incendio seguiremos fichados y no huérfanos de filiación civil. Además, el nombre en singular, libro de familia (cuando hay infinitud) era una trampa.

Atesoren bien el que tienen en casa, que sigue vigente hasta nueva orden. Cuídenlo, mímenlo, que cualquier día nos quitan también el pasaporte para meternos un escáner en la frente.●